

Palabras pronunciadas por el Rector Magnífico  
de la Universidad de Navarra  
Dr. D. Alejandro Llano



Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.

Compañeros de trabajo universitario.

Señoras y Señores.

¿Nos encontramos realmente en una “sociedad de expectativas limitadas”? ¿Hemos llegado al punto muerto del equilibrio entre nuestras capacidades productivas y nuestras exigencias de bienestar? ¿Es la actitud de cínico escepticismo la única postura sensata para todo aquel que lee habitualmente los periódicos o todavía se atreve a ver el telediario?

El ambiente crepuscular de este fin de siglo parece abonar la tendencia a responder afirmativamente a las preguntas que acabo de formular. Por ahora, se ha cumplido la superficial profecía de Fukuyama acerca del “fin de la historia”. Sólo que al revés. Nos anunciaba el americano de origen japonés y formación europea que el derrumbamiento del bloque del Este traería consigo un implacable y predecible progreso económico de los países occidentales. Lo que contemplamos hoy es, más bien, la imagen simétrica de semejante escenario. Mientras que algunos países del Este y del Pacífico comienzan a remontar, aunque sólo sea porque partían de muy abajo, las naciones del capitalismo maduro se ven insertas en una crisis económica de ciclo largo cuya salida tarda en avistarse.

No nos salen las cuentas. Y así acontece porque las magnitudes que manejamos sólo dan lugar a operaciones de suma cero. Nos dedicamos a intercam-

biar bienes incompatibles: dinero, poder e influencia persuasiva. Lo demás es lúdico o estético: subjetivo. Si alguien dice que, además de estos bienes incompatibles, hay otros compartibles que dan lugar a sumas superiores a cero, se le mira con cierta conmiseración, como a un pobre ingenuo. La poesía del corazón choca frontalmente con la prosa del mundo.

Y, sin embargo, tenemos una fuente inagotable de recursos, que está a la mano, y por la que deslizamos distraídamente la vista. Es el nacedero de las energías propiamente humanas, que generan bienes dotados de una sorprendente característica: aumentan cuando se comparten, se expanden con su uso, se multiplican al ser participados. Siento la imperiosa necesidad de comunicar mis alegrías. Para disfrutar de la paz, preciso de la colaboración de todos. No puedo dialogar realmente con mi televisor interactivo: necesito un grupo de amigos. Y esto es, también, lo que sucede con el conocimiento: que no me lo puedo guisar y comer yo sólo, sino que lo aprendo de otros, lo aplico con otros y lo enseño a otros. Como advirtió agudamente Wittgenstein, lo que sabe uno sólo no lo sabe nadie.

Apelar al conocimiento como salida del atolladero resulta, a estas alturas, muy poco original. Pero es que, además, toda la retórica del advenimiento de la sociedad del saber está, en buena parte, lastrada por este equívoco: la suposición de que el conocimiento es un asunto de intelectos individuales, con el que poco o nada tienen que ver la historia, el entorno social y las actitudes éticas.

El resultado de este equívoco acerca de la naturaleza del conocimiento es el olvido de algo tan obvio como fundamental: que para saber, hay que llegar a saber. Dicho con mayor sencillez: que saber y aprendizaje son inseparables. No hay saber innato ni automáticamente transmisible. En la medida en que no se admite esto último -que, en general, no se admite- la naturaleza de la propia educación queda oscurecida y socialmente trivializada. Y lo que necesitamos, dicho drásticamente, es tomarnos la educación en serio. Mientras no lo hagamos, la apelación a la sociedad del saber continuará siendo casi siempre una escapatoria retórica.

Con todas las limitaciones de los que en ella trabajamos, la trayectoria de la Universidad de Navarra es una manifestación patente de la fecundidad personal y social que la investigación y la docencia traen consigo cuando se convierten en una tarea que compromete la vida entera de quienes a ella se entre-

gan. En la atmósfera esperanzada de este comienzo de un nuevo curso, hemos de actualizar serenamente esos ideales académicos de nuestra comunidad universitaria y ponerlos decididamente al servicio de una dinámica social inquietante y compleja. De ahí que me atreva a avanzar unas sugerencias que -recordando el título de un libro de Italo Calvino- podrían considerarse seis propuestas educativas para la sociedad del conocimiento:

1ª **Lo importante no es enseñar, lo importante es aprender.** Porque la única finalidad de la enseñanza es el aprendizaje. Perogrullada, a la que, como a todo lo obvio, le sucede que casi nadie la advierte. Enseñar no es una función vital, porque no tiene el fin en sí misma; la función vital es el aprender, porque llegar a conocer es el rendimiento o logro de un viviente racional que llega a ser más, que potencia sus propias capacidades. Nadie puede sustituir al alumno: nadie puede aprender por él, mejor que él, si él no aprende. El protagonista nato de la educación es el estudiante, no el profesor iluminado. Para incrementar la calidad de la enseñanza, a quienes hay que mejorar es a los propios alumnos, labor que libremente les compete en primerísimo lugar -y durante toda su vida- a ellos mismos.

2ª. **Sólo se avanza en el conocimiento dentro de una comunidad de investigación y aprendizaje.** Esta segunda propuesta apunta a que la educación es una simbiosis, porque aquello en lo que se pretende avanzar -el conocimiento- constituye una práctica social, que tiene un curso histórico, un contexto social y unas implicaciones éticas, religiosas incluso. Si se considera que todos estos factores son accidentales al propio saber, lo que sucede entonces es que el saber se desvitaliza y se cosifica, porque queda desarraigado de su tierra natal, de esas comunidades de tradición y de progreso entre las que la Universidad se sitúa en una posición de avanzada. Por utilizar una vieja metáfora, nosotros somos enanos a hombros de gigantes. Vemos más que los que nos precedieron precisamente porque no nos olvidamos de ellos. El saber es un empeño histórico, en el cual sólo se puede participar cuando se aporta a la empresa común. Como ha recordado hace poco Charles Taylor, la cultura de la autenticidad propia de nuestro tiempo se estrecha y se aplana cuando se encierra en el individualismo atomista.

3ª **Todo aprendizaje es aprendizaje de un oficio.** Es muy curioso releer lo que los antiguos filósofos griegos dicen acerca de la figura del sabio, del *sófós*. Lo más interesante son los ejemplos que suelen poner. Un sabio es, por ejemplo, un buen zapatero: el que domina un arte aprendido de otros y en el

que llega a ser maestro, es decir, que puede enseñarlo a otros. Poco tiene que ver esto, al parecer, con la figura moderna del *savant* o del *scholar*, del científico renombrado o del erudito inasequible. Y, sin embargo, como ha destacado MacIntyre, toda ciencia es originariamente un oficio, un *craft*: tiene mucho de artesanal, más de lo que cierta pedantería académica está dispuesta a reconocer. Quien se embarca en una empresa que pretende innovar el conocimiento -y, desde luego, en una Universidad- tiene que integrarse en una comunidad con usos y costumbres, con reglas y prescripciones, cuyo sentido es preciso captar operativamente, para incorporarlo vitalmente e intentar mejorarlo a fuerza de creatividad.

4ª La educación posee una ineludible dimensión ética. La ética no nos la podemos quitar de encima, por más permisivos que pretendamos ser. Porque la moral no es una especie de armatoste constrictivo, llegado de no sabe dónde, que nos viene a aguar la fiesta con sus reglas y mandatos. La moral -como dice Millán-Puelles- es la lógica de la libertad, la estructura básica de la convivencia. Por más que tratemos de prescindir de ella, siempre acaba por comparecer, incluso como huésped no invitado. Más vale, entonces, acogerla y tratar de respetarla, aunque sólo sea por la cuenta que nos tiene. Habría que advertir, además, que -con todas sus dimensiones y variedades- la ética es sólo una. Que no hay varias "éticas". Que no cabe separar estrictamente la ética profesional de la ética personal, ni la ética social de la ética individual, ni la moral pública de la moral privada. La ética es el saber para una vida lograda, que sólo puede adquirirse por medio del logro de esa vida cabal. Lo decisivo para acercarse a la excelencia en la educación es la calidad del *ethos* de la institución docente, el espesor humano de su "cultura corporativa", el nivel del ambiente que en ella se respira, el estilo de la convivencia en sus aspectos formales y, sobre todo, informales. Tal es el secreto a voces de la llamada "educación liberal" o humanista: el logro de una atmósfera de entusiasmo por la verdad, en un clima de convivencia culta. Sin carecer de importancia, las técnicas educativas pasan a segundo término: lo determinante es ese humanismo vivido que se adquiere en el trato asiduo con unos saberes que, al intentar penetrar en ellos, nos interpelan. Mejor que nadie lo explicó John Henry Newman en su libro *Idea de una Universidad*.

5ª Lo importante no es "qué" se enseña sino "cómo" se enseña. El objetivo de una auténtica educación no es la transmisión de unos contenidos sino el fomento de los hábitos intelectuales y prácticos. Al fin y al cabo, la ciencia misma es un hábito, es decir, un enriquecimiento operativo que per-

mite a quien lo posee derivar conclusiones a partir de unos principios. Lo importante no es "lo sabido" sino "el saber". Esta primacía de "el saber" sobre "lo sabido" -subrayada por Leonardo Polo- constituye la clave de lo que pueda llegar a ser la educación en la sociedad del conocimiento. Tal galaxia social no se caracterizará por la abundancia de conocimientos, sino por la capacidad de innovarlos, la cual obviamente no se remite a los conocimientos mismos ni a sus re combinaciones rutinarias: apela derechamente a las personas que pueden "saber más". Lo descriptivo cederá la primera posición a lo metodológico. Lo formativo tendrá mayor relevancia que lo informativo. El objetivo focal será una intensa y amplia preparación intelectual: aprender a pensar con rigor, hondura y creatividad. Para formar líderes intelectuales capaces de servir a la sociedad, no hay -en definitiva- otro camino que el desarrollo de una permanente actitud de amor a la verdad. Porque sólo el deseo imperioso de atenerse a la realidad misma estimula a hacer continuamente vulnerable lo ya sabido, con objeto de saber mejor, es decir, de penetrar en el misterio del hombre, del mundo y de Dios.

6ª Las tecnologías "multimedia" posibilitan actualmente una educación humanista. Lo sugerido en las cinco primeras propuestas sería utópico, imposible de llevar a la práctica en la nueva sociedad compleja, si no fuera por la aparición en el territorio educativo de las tecnologías "multimedia". Y, a la inversa, el empleo de estos recursos de la tecnología informática y comunicativa resulta educativamente ineficaz si no se adopta un enfoque decididamente humanista. Para lograr esta urdimbre entre humanismo y tecnología -cuya interpenetración es la clave de la sociedad del saber- resulta imprescindible advertir que las nuevas tecnologías ponen en primera línea a sus usuarios, destacan a las personas y a su capacidad de creación e innovación, precisamente porque las faenas más rutinarias pueden automatizarse. Pensar que la propia automatización resulta educativa es como coger el rábano por las hojas. Pero no utilizarla decididamente en la enseñanza equivale tal vez a cerrar las únicas puertas que hoy se entreabren a la sociedad del saber.

Tomarse la educación en serio es, por lo tanto, mi propuesta de fondo. Me parece que constituye la única alternativa viable a la deriva inercial y escasamente solidaria que está adquiriendo el capitalismo tardío. Por lo demás, la raíz antropológica del uso dinámico del capital se revela al advertir que la producción de riqueza potencia la ulterior producción de riqueza. Este enri-

quecimiento interno y activo, que se aplica al campo económico, tiene su origen y paradigma en el autoenriquecimiento que acontece en la vida intelectual y ética gracias al crecimiento ontológico y operativo que implica la adquisición de hábitos científicos y morales. Las virtudes cognoscitivas y prácticas representan el único modo que el hombre tiene de no perder la propia vida, de que el tiempo vital no se le escurra como agua entre las manos, sino que se remanse en la forma de “ser más” y, en consecuencia, “ser capaz de más”.

La adquisición progresiva de hábitos antropológicos es la única forma de que aumente la productividad social al ritmo requerido por el tiempo presente. El lema “sociedad del conocimiento” es una certera forma de expresar que, a estas alturas del proceso histórico moderno, los recursos propiamente humanos deben pasar a ser el motor de la civilización mundial. Dicho de otro modo, la actual “civilización mundial” sólo se puede proseguir con una cierta armonía si remite a lo que Juan Pablo II ha llamado “cultura del hombre”. Lo cual, a su vez, no es algo que se pueda esperar ni de la dinámica objetiva del mercado ni del funcionamiento de las organizaciones burocráticas. Está en manos de la iniciativa concertada de los ciudadanos, de su inteligencia y de su capacidad de decisión y acuerdo. Esto es lo que, en su raíz, significa el protagonismo de la sociedad civil.

El pasado día 29 de enero celebrábamos en esta misma Aula Magna la ceremonia de investidura de nuevos doctores *honoris causa*, presidida por nuestro querido Gran Canciller, Monseñor Álvaro del Portillo. Vienen ahora a mi memoria unas palabras de su discurso académico, que enfatizan la decisiva vertiente de solidaridad que ha de tener siempre nuestro empeño educativo: “Me da alegría confirmar que la Universidad de Navarra se siente comprometida -como fue deseo de su Fundador- a impartir una educación completa de las personalidades jóvenes, que incluye, como dimensión ineludible, la formación cristiana de su sensibilidad social. Se procura así que -tanto en los años universitarios como al terminar sus estudios- aspiren voluntariamente a convertir su vida en una tarea de servicio a los demás, y, en particular, a los más necesitados, a los enfermos, a los pobres, a los indefensos. No se trata sólo de fomentar nobles sentimientos de misericordia y compasión. Es preciso, además, ahondar en los fundamentos teóricos y prácticos de la justicia y de la caridad cristianas, para que las soluciones que se vayan encontrando, a través del estudio y de la investigación, contribuyan -en el respeto a la libertad de todos- a configurar unas actitudes de pensamiento y unas virtudes personales que sean

fundamento de un futuro más humano". Quiso la Providencia que aquel solemne encuentro fuera como una despedida entrañable de ese gran universitario que, durante casi veinte años, nos guió tan sabiamente. Nuestro más hondo deseo es seguir ahora el rumbo que él nos marcó con sus pasos, bien unidos a nuestro tercer Gran Canciller, Monseñor Javier Echevarría. Seremos así leales a una tradición de servicio generoso y abierto.

